



Martín Chirino con Elisa Breton, durante la inauguración del CAAM, diciembre de 1989.

Es una mujer para un gato, o un gato para una mujer, esa mujer como si fuera *la última palabra de un moribundo o de un libro*, como quería Forneret.

Ella vino a Canarias desde Saint-Cyr-Lapopie, al suroeste de Francia. Ella vive allí, en el valle del Lot, sobre un acantilado, río abajo.

Su casa tiene un palomar sobre la torre. Es una casa sola, ensimismada de tiempo. La hiedra le crece dentro y Elisa Breton cuida de su vida. Una casa espaciosa, donde albergar también a los recuerdos: la vida que se vive desde tan lejos.

En el parque que alcanzan sus ojos, dormitan el sueño imperterbable, objetos que sólo se perciben en sueños: *ready made aidés* de Calder, esculturas que atestiguan su transmutación en vida orgánica, conviven anudados a las encinas, los nogales y a un ciprés enigmático, dominando el horizonte de su mirada.

Abajo, en el valle, se ordenan los trazos de las plantaciones de tabaco y de maíz. Los girasoles tienen el cuello duro y rotan a la sombra del sol. Bordeando el acantilado, unas grutas impenetrables y calcáreas horadan su concavidad de piedra.

Ella sale el parque con su gabardina legendaria y asiste al paisaje.

El aire que ella respira tiene el sonido reverberante de una mandolina de Francia. Sus rasgos están esculpidos de la memoria de ese prodigio. Sus labios relatan la vida de otros labios que entre ellos afirmaron el fuego.

Ella misma se puso en el camino del mar y señaló una estrella. Por eso André Breton le dijo una vez: «... *estoy ante ti para de-*

tenerte, para darte todas las estrellas del cielo en un beso en los ojos, todas los besos del mundo en una estrella en tu boca.»

Y ella guarda bajo sus párpados todos los *Diarios de a bordo* con este hombre, este vigía de sus sueños.

De modo que Elisa Breton sale una mañana brumosa de su casa, del mes de las silvetas y las hojas, y emprende un viaje arcano: sólo ella conoce su *cifra*.

Arriba finalmente a estas islas *talladas en la misma materia de que están hechos los sueños*, como le contara Breton, y un espejo le muestra parte de su rostro antiguo y tan vivo.

¿Qué debe sentir una mujer frente a unos cuadros que apresan y viven su propia vida: la de su historia, su numen?

Esta mujer siente que el tiempo es un orden inexistente, que todo vuelve sobre sí mismo a ser: la vida constitutiva, toda abarcada en un instante.

Elisa ahí de pie, frente a los cuadros de la *Exposición Surrealista*, solitaria en su propia soledad, como un árbol magnífico, leyendo todas las metáforas de ese anhelo del hombre herido por abolir el límite entre lo real y su sueño. Una cartografía exacta de su propia vida.

En el fondo de sus ojos, André Breton le guiña un ojo. Y ella sonríe, como lo haría una mujer acompañada, libre, amada.

Luego el pez volador cruza el mar para que ella, Elisa, viera *Le Chateau étoile*, ese magnífico castillo estrellado, el Teide. Y *las nubes de Baudelaire* siguen habitando su espacio secular, allí arriba, como si ya no quisieran desprenderse nunca más de esta isla del sueño que es Tenerife y que descubriera Breton maravillado.

Una *guagua* cruza este paisaje. Dentro va esta mujer, en silencio. Su alma se parece al horizonte desplegado frente a sus ojos. El valle de la Orotava atestigua su grandeza. Elisa y el paisaje ensueñados como una criatura única, irreplicable, abismada. Un caballo al galope en el aire, con *el cabello del color de un incendio en el bosque*, como la presintiera Breton. Huele a eucalipto y las palabras están calladas. Los animales fabulosos duermen dentro de las piedras y se ensueñan en el valle de Ucanca.

Ahora Elisa se está despidiendo de sus amigos, de toda esta forma de ternura.

Vuelve a Saint-Cyr-Lapopie, al suroeste de Francia. Ella vive allí en el valle de Lot, sobre un acantilado.

¡Sólo ella conoce la cifra de su enigma!▲

DIARIO DE A BORDO

Por Cristina R. Court